

ORACION FUNEBRE

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE

EL SR. PIO IX,

PRONUNCIADA

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LEON,

EL DIA 11 DE MARZO DE 1878,

POR EL PRESBITERO

JOSE DE LA MERCED SIERRA,

PREBENDADO DE LA MISMA SANTA IGLESIA

Y

CATEDRATICO DE TEOLOGIA MORAL Y DE LITERATURA

EN EL SEMINARIO CONCILIAR.

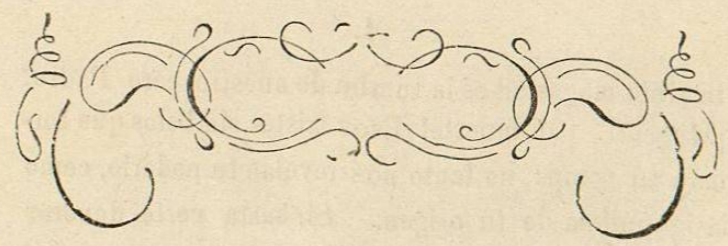


Tip. de J. M. Monzon.

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE
EL SR. PLO IX.
EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LIMA
POR EL PREDICADOR
JOSE DE LA MENDIZABALA
PRESENTE EN LA SANTA IGLESIA
CATEDRAL DE LIMA EN EL AÑO DE 1823



Tip. de J. M. Novoa



*Et quis potest simi-
liter sic gloriari tibi?*
Eecli. c. XLVIII v. 4.
Y ¿quién ha alcanza-
do tanta gloria como tú?
Lib. del Eclesiástico, c. XLVIII v. 4.

ILUSTRISIMO SEÑOR.

¡GRANDEZA de Dios! yo os adoro en ese altar, porque sois inmutable! ¡Grandeza humana! yo te miro confundida en ese túmulo, porque eres transitoria! ¡Mortales que me escuchais! yo siento hundirme con vosotros en el abismo de la nada, porque nada es nuestro ser! ¡Oh eterna soberanía del Excelso! ¡Oh soberana vanidad de la criatura!.....

¿A qué, pues, interrumpir el silencio que nos impone la muerte desde ese catafalco, donde hace alarde de sus trofeos? pero ¿cómo también, no lanzar un grito de dolor, cuando el trono en que hoy ostenta su

terrible magestad es la tumba de nuestro caro Padre? ¡Muerte! ¡Oh muerte! Esos tristes símbolos que forman tu pompa, no tanto nos revelan tu poderío, como la ignominia de tu origen. Sí: basta verte devorar una víctima tan noble, tan venerable y tan augusta, para que comprendamos que tú no eres la obra de Dios, sino el aborto del pecado. De no ser así, ¿cómo pudiera haber muerto el inmortal PIO IX? ¿cómo PIO el Grande pudiera ser reducido á un puñado de polvo? ¿cómo el incomparable PIO, que por tan dilatados años llenó el mundo con su gloria, pudiera ser nivelado con el que en una sola hora nace á la luz de este mundo y baja á las tinieblas del sepulcro?

Pero ¡silencio, pobre razon humana! ¡silencio!..... Juan el Evangelista va á enseñarte con su ciencia divina el misterio del tiempo y de la eternidad: escucha sus palabras. *Oí, dice en su Apocalypsis, oí una voz que desde lo alto del cielo me decía: Escribe: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Ya desde ahora dice el Espíritu que descansan de sus trabajos, porque las obras de ellos los siguen á la eternidad.* ¡Oh consoladoras palabras! ¡Oh santa doctrina de la verdad! Ahora sí, ya puede respirar nuestro pecho.

¿Conque la muerte es una felicidad para el que muere en el Señor? ¡Luego PIO IX (tenemos fundamento para esperarlo), luego PIO IX es verdaderamente dichoso, es en riguroso sentido bienaventurado! ¿Conque las obras del justo forman su brillante acompañamiento en la eternidad? ¡Luego la muerte no marchitó con su golpe las glorias de PIO IX, sino ántes les puso el sello de la inmortalidad! ¡Oh religion mil veces bendita! solamente vuestros adorables misterios pueden mitigar nuestro justo dolor.

Transportados ya á las regiones del dogma cristiano, desde donde podemos observar la marcha triunfante de la virtud hácia la inmutable felicidad, ¿qué debemos hacer en estos momentos, hermanos míos, sino recordar aunque sea brevemente la preclara vida de nuestro Santísimo Padre, para que Dios sea glorificado en las obras de su gracia y nosotros dulcifiquemos un tanto nuestra amargura? Tal será por lo mismo, el objeto de mi pobre oracion, en que intento manifestaros que el ínclito PIO IX, por haber desempeñado fielmente la importante y grandiosa mision que trajo á este mundo, partió de esta vida con un mérito tan extraordinario y singular, que justamente podemos repetir en su elogio estas enfáticas palabras del

8.

Sabio, con que ensalzó al gran Profeta Elías: Y ¿quién ha alcanzado tanta gloria como tú? *Et quis potest similiter sic gloriari tibi?*

Señores: os he indicado mi pensamiento: él no revela nada digno de vuestra ilustracion, pero sí me abre paso á desahogar los sentimientos de mi alma, que creo identificados con los vuestros. ¡Ah! PIO IX era mi padre y yo vengo á llorar al borde de su sepulcro: ¿no os dice lo mismo esa angustia que oprime vuestro pecho? Paguemos, pues, este homenaje fúnebre de nuestro amor filial.

Mas ¿tendré valor para emprenderlo, sin impetrar ántes la intercesion de María? No, hermanos míos: mi propia insuficiencia me pone en la dulce necesidad de buscar este amparo, y además, no me es dable pronunciar el nombre de PIO IX, sin pronunciar tambien el nombre de la Inmaculada Virgen. En consecuencia, sea ó no conforme á las reglas oratorias de este género, yo me postro á los piés de la Purísima Madre y os ruego me acompañeis á saludarla con las palabras del Arcángel. AVE MARIA.

Et quis potest similiter sic gloriari tibi?

Eccli. c. XLVIII v. 4.

Y ¿quién ha alcanzado tanta gloria como tú?

Lib. del Eclesiástico, c. XLVIII v. 4.

ILUSTRISIMO SEÑOR.

SI desfallece de espanto, hermanos míos, el hombre que desde la playa contempla por la vez primera el sublime espectáculo de una tempestad en el mar, ¿qué deberá sentir el que se encuentra en medio de ella, fiado á un frágil barco que, ora se levanta hasta las nubes arrebatado por las olas, ó bien se precipita en el abismo, arrastrado por el remolino de las aguas? Pues esto no es más que la débil figura de las tremendas borrascas que habian de combatir á la Iglesia de Jesucristo, en el mar proceloso de los siglos, y especialmente en los últimos tiempos, en que estuviera ya para arribar al puerto feliz de la eternidad, á donde vá consignada por su Divino Fundador. ¿A quién, pues, le será dado contemplar con serenidad esas agitaciones suscitadas por las puertas del infierno, en cu-

yas oleadas habian de chocar naciones contra naciones y reinos contra reinos? Y ¿qué ánimo no desmayará al encontrarse envuelto por esas tempestades, capaces de conmovier las columnas del firmamento? ¡Ah, Señores! esta es obra esclusiva del Espíritu de fortaleza que mora en los cielos, y por esto, solo El pudo criar quien viera imperturbable estas tormentas, y quien mas intrépido aún, llegara á desafiarlas.

Pero ¿quiénes son estos héroes? En la antigua alianza, Isaías, aquel gran profeta que tuvo la magnanimidad necesaria para levantarse como un gigante, allá en las playas de la antigüedad, y ver con la grandeza de su espíritu profético los últimos acontecimientos de la Iglesia: *Spiritu magno vidit ultima* (1); y en la ley de gracia, el Vicario de Jesucristo, el conductor y gobernador de la nave de Pedro, el que boga desde hace más de diez y ocho siglos en el océano de la tribulacion, pero sin cambiar jamás de rumbo, sin perder de vista la misteriosa Estrella que le guía, y sin dejar de exclamar ante las olas más irritadas: ¡Vosotras no prevaleceréis contra mí!

Y ¿hay prueba más palmaria de esta verdad, que el Pontificado del esclarecido PIO IX? Una sola ojea-

(1) *Eccli. c. XLIX. 27.*

da sobre su historia y un momento de reflexion acerca de los fines providenciales que en ella resplandecen, bastará para demostrarlo.

Háse dicho con sobrada razon: “La Providencia jamás titubea: en los consejos de su inefable sabiduría, todo llega á su hora.” (1) ¿Qué importa, pues, que á fines del siglo pasado, el racionalismo propine su veneno á la Austria, y que sus incrédulos diplomáticos desoigan la voz paternal de Pio VI, que les ofrecía en Viena su mano salvadora? ¿qué importa que al empuje de la demagogia, llegue por fin á volcarse el Imperio de la Francia, y que sobre las ruinas del trono y sobre las cabezas que rodaron de la guillotina, se levante la diosa razon para recibir las adoraciones de los frenéticos reformistas? ¿qué importa que la vieja Europa, olvidando lo que debia á la Iglesia, la corra afrentosamente de su lado, y aún tenga la insensatez declamar al cielo: De hoy más no te serviré, porque me basto á mí misma? ¿qué importa todo esto, digo, para frustrar los designios divinos? Nada ciertamente, porque nada podia desconcertar ni en un ápice los planes del Supremo Arbitro de las sociedades. Sí: el Dios misericordioso aún dirige desde su tro-

(1) *Mons. Gaume, en su obra Judith y Esther.*

no una mirada compasiva hácia la tierra, y la fija... ¿en quién? ya lo adivináis: en un descendiente de la noble familia Mastai Ferreti, que acaba de nacer en Sinigaglia; en un parvulito llamado Juan María, sobre cuya cuna vela, no tanto la Condesa que le dió á luz, como la Reina del cielo que le ha adoptado por su hijo predilecto. Este niño traía reconcentrados en sí nada ménos que todos los destinos de la Iglesia, del Estado y del universo entero; era el que venía á difundir la verdad en medio de las tinieblas, á derramar la gracia en medio de la corrupcion, á cortar la gangrena que inficionaba las entrañas del mundo, á regenerar, en fin, por medio de su ministerio, al hombre que se habia degradado mas allá de los brutos, por el señorío de sus pasiones sobre su inteligencia, y de su débil razon sobre la fé divina.

Tal era su glorioso destino, y para prepararle á su cumplimiento, observad el temple que el Todopoderoso dió á esta alma, candente, por decirlo así, en el fuego de la tribulacion, desde su misma infancia. Llegaba apénas á los siete años, cuando instruido por su piadosa madre, supo el cautiverio del Pontífice reinante, y desde entónces derramó sus primeras lágrimas por la causa santa de la Iglesia: ¡lágrimas preciosas, que por ochenta años habian de regar la viña del Se-

ñor! Vinieron despues otros funestos acontecimientos, ocurridos ya en las personas de su familia, como la prision de su tío el Obispo de Pésaro, encerrado en la ciudadela de Mantua, por su firmeza en los principios católicos; ya en el círculo político y religioso, como la muerte del invicto Pio VI en el destierro, la inmensa consternacion de los católicos, las dificultades que se presentaron en la nueva eleccion del Papa y otros graves sucesos, que formaban la educacion del niño Mastai en la escuela del sufrimiento. ¡Oh Dios mio! ¡nada hay pequeño en el orden de vuestra Providencia! ¡Cuán altos son vuestros designios, y cuánto brilla vuestro poder, cuando sacais tan grandes bienes del fondo de los mismos males!

No fueron más felices los auspicios bajo los cuales emprendió la carrera de las ciencias. En aquella misma época, en que el coloso de los Emperadores aspiraba á la anexion de los Estados Pontificios, y, por consiguiente, causaba horribles sacudimientos en toda la Italia, el jovencito Juan María, alejado de la amable compañía de sus padres, consagraba los dias de su temprana vida á la práctica de la piedad y al estudio de las letras, en un famoso Colegio de la Toscana, establecido en Volterra. Los

lauros que allí conquistó, las distinciones á que se hizo acreedor, los elogios que se le tributaron hasta por el mismo Comisario imperial de Francia; y otros mil rasgos honoríficos que presagiaban su celebridad, preciso es encomendarlos únicamente á vuestra consideracion, porque falta el tiempo hasta para indicar someramente los primeros pasos de un hombre tan extraordinario. Pero me escuchan los jóvenes seminaristas: ¿cómo podré, pues, dejar de presentárosle en aquellos días en que trató ya de indagar el estado á que Dios le llamaba? Oh! ¡qué santas alarmas las de su corazon! Y ¿qué no hizo para cerciorarse de la voluntad divina? Impetró el consejo y las oraciones de su virtuosa madre; confió al director de su conciencia los más íntimos secretos de su alma; penetró las habitaciones del Vaticano, para escuchar de los lábios del Sr. Pio VI la doctrina que pudiera alumbrarle, y recibir su bendicion paternal, como prenda del acierto; voló, en fin, impelido por una santa inspiracion, al augusto Santuario de Loreto, y allí, en aquella Casa veneranda, ilustrada con la presencia de Gabriel, santificada con la habitacion de María, en aquel humilde, pero sacratísimo gabinete, en donde se encontraron la Misericordia y la Verdad, como

en un lugar de cita, para tratar de la reconciliacion del cielo con la tierra, en donde *la Justicia y la Paz se dieron un ósculo* de alianza, (1) y en donde en fin, EL VERBO DIVINO SE HIZO CARNE por nuestro amor: allí nuestro devotísimo jóven, deshecho en lágrimas y sintiendo derretido el corazon de amorosa ternura, repitió el "*Ave gratia plena*" del sublime Arcángel y entregó sin reserva su cuerpo y su alma en manos de la Reina de los Apóstoles. ¡Oh feliz momento, en que la plegaria del fervoroso Mastai interesó á la Madre de las misericordias, para que alcanzara de su Hijo una nueva era de triunfos para la Iglesia.

Mas ¿quién no vé al mismo tiempo la incalculable trascendencia del negocio de la vocacion? Oh! si el futuro Pontífice hubiera dado en falso este solo paso, ¿no es verdad, carísimos jóvenes, que hubiera cegado la fuente de las inmensas gracias que le tenia reservadas la Providencia? Y en este caso, ¿qué cuenta hubiera rendido en su muerte al Juez Supremo?... Pero retírate, idea espantosa, no vengas á turbar el plácido recuerdo de una vida, empleada toda en seguir las inspiraciones de la gracia. Así fué ciertamente: Juan

(1) Ps. LXXXIV. 11.

María supo como Samuel, escuchar la voz de Dios en el templo y obedecerla prontamente; y por esto, vedle regresar á Roma, lleno de una santa confianza en el Señor, para dedicarse al estudio de la ciencia del Sacerdote y hacer los fructuosos ensayos de su caridad.

Admitido gustosamente en la Academia eclesiástica de aquella corte, comenzó á cursar la Sagrada Teología, bajo el magisterio del Dr. Graziosi; y de luego á luego brilló su talento, como el alba que anunciaba la aparicion de un nuevo astro en el firmamento de la Iglesia. No exagero Sres: así lo expresó su hábil Catedrático, delante de sus otros discípulos, en una vez que llegaron á desbordarse sus sentimientos de admiracion, en vista del aprovechamiento y sólida virtud del estudiante Mastai. La aplicacion de este jóven era asidua, constante y metódica, porque estudiaba, no por adquirir un vano renombre, sino por cumplir con su deber; así es que pudo asociar perfectamente la ciencia y la virtud, el trabajo y la oracion, el amor de su Dios y la caridad de sus prójimos. Allí está el célebre Hospicio de Borgi, en donde desplegó todo el celo de su corazon, en socorrer las miserias de los pobres, en enjugar las lágrimas de los aflijidos, en instruir á los ignorantes y en formarles, sobre todo, un corazon cristiano.

Tal fué su preparacion para el Sacerdocio, á cuya dignidad subió con temor y temblor, íntimamente penetrado de que ella es formidable para los mismos hombros angélicos. Ya comprenderéis, Señores, que esta luz no fué encerrada bajo el celemin, sino que por el contrario, resplandeció de tal manera delante de los hombres para la gloria del Padre celestial, que desde el achacoso anciano que apenas podía arrastrar sus años en el Hospicio de *Tata-Giovanni*, hasta el Señor Pio VII que ocupaba el trono pontificio, reconocian el mérito de este nuevo sacerdote: los pobres veian en él un padre tierno y caritativo, los ignorantes un maestro afable é ilustrado, los pecadores un pastor vigilante y solícito, en una palabra, todo el pueblo, menos este nuevo Moisés, miraba irradiar en su frente la apacible claridad de la virtud, y los mismos hombres de Estado descubrian en él un talento superior y un tacto exquisito para tratar los negocios más árduos. Estas prendas hicieron que el Soberano Pontífice no vacilara en nombrarle auditor del Delegado apostólico Monseñor Muzi, para que le acompañase al Chile y al Perú, con objeto de arreglar la delicada cuestion religiosa que habia surgido en aquellas regiones, con motivo de la independencia americana. La sabiduría, la

prudencia y el tino con que desempeñó esta comision, le grangearon un alto concepto entre los diplomáticos de Roma, y el mismo Señor Leon XII le manifestó el lugar distinguido que ocupaba en su pecho, no solo nombrándole su prelado doméstico, ni únicamente confiándole la direccion del grandioso establecimiento de beneficencia, llamado de San Miguel, sino elevándole además á la dignidad Arzobispal, haciendo que ocupara la silla de Espoleto, lugar del nacimiento de aquel Pontífice, y al que por consiguiente, deseaba por su amor pátrio favorecer, concediéndole el Pastor más digno que encontrara en su clero.

Señores, permitidme esta confesion. Desde estos momentos se encumbra á tanta altura el mérito de este insignísimo Prelado, que casi es inaccesible á mis miradas, y mi pobre inteligencia se fatiga en vano por presentaros siquiera un bosquejo de sus glorias. ¡Ah! yo creo que no solo por mi pequeñez, sino tambien por la grandeza de nuestro héroe, puedo con más razon deciros lo que decia Bossuet en la Oracion fúnebre del príncipe de Condé: “Nosotros, débiles oradores, nada podemos hacer por la gloria de las almas extraordinarias; solamente sus acciones pueden alabarlos, y cualquier otro elogio desfallece cerca de sus grandes

nombres.” En efecto: ¿quien será capaz de pintar su celo, su actividad, su vigilancia, y sobre todo, su bondad y ternura para con su amada grey en esta Archidiócesis? ¿quién puede referir la firmeza, la prudencia, la caridad y todas las virtudes que desplegó despues en Imola, á donde fué trasladado por orden del Sr. Gregorio XVI, como el único hombre que podia afrontar la situacion de la Romanía insurreccionada? Dígalo el resultado: se le abrieron de par en par las puertas del Sacro Colegio de Cardenales, vistió la púrpura el Pastor eminente, su merecida elevacion causó en todos las más vivas emociones de júbilo, y los huérfanos del Hospicio de Borgi, arrebatados de entusiasmo y de un dulce y secreto presentimiento, no pudieron ménos que exclamar: He allí el futuro Papa, Dios nos lo dará! Este voto de esperanza subió hasta los cielos, como sube siempre la plegaria del pobre, y Dios correspondió á él, haciendo que más tarde resonara en las bóvedas de la capilla Paulina la aclamacion de los Emmos. Cardenales, con que confirmaron la eleccion del EMINENTISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR JUAN MARIA MASTAI FERRETI, para ocupar el sόlio de Pedro. ¡Oh dia de eterna conmemoracion en las generaciones! ¡Oh fausto aconte-